

ESPAÑA Y LAS POTENCIAS DEL EJE A TRAVÉS DE LA CORRESPONDENCIA DIPLOMÁTICA (1937-1945) Matilde Morcillo Rosillo

Universidad de Castilla-La Mancha.

PLANTEAMIENTO

Durante la guerra civil española ambos bandos, nacionales y republicanos, recibieron ayuda de hombres, material y alimentos. Estos envíos crearían una grave implicación internacional en dicha guerra.

Después, terminada la contienda, el gobierno del general Franco hacía una declaración de neutralidad ante la guerra europea en 1939, pero esta neutralidad oficial estuvo unida entre 1939 y 1944 a unas buenas relaciones con los países del Eje y mostró una actitud favorable a los mismos, con los que si no había llegado a una alianza militar, sí se había producido la adhesión al pacto Antikomintern (1939) y firmado un tratado de amistad con Alemania, así como el envío de un ejército, la «División Azul», a luchar contra la Unión Soviética.

Sólo en los últimos años de la guerra, Franco evolucionó hacia una neutralidad menos pro-Eje y más favorable a los aliados occidentales, aunque totalmente antisoviética.

I. EL CONDE CIANO Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

El periódico «Corriere della Sera», el 9 de junio de 1947, publicaba una serie de documentos relativos a la política del Conde Ciano en los tiempos que fue ministro de Asuntos Exteriores de Italia. Señalaré los que hacen referencia a la guerra civil española.

El ministro británico de Asuntos Exteriores, señor Eden, decía lo siguiente al respecto:

«Después del problema austriaco existe la cuestión de España. Es inútil y peligroso fingir que se ignora este problema de fundamental

importancia en las relaciones italo-británicas. ¿Cuál es la utilidad de conversaciones oficiales entre Roma y Londres si antes no se llega a un acuerdo preciso y a una solución satisfactoria de la cuestión española? En enero de 1937 se ha firmado un acuerdo entre Inglaterra e Italia (el Gentlemen's-agreement) que en la práctica se ha demostrado estéril e inútil».

Después, Eden entraba a fondo en la cuestión y añadía:

«En enero fue la firma del Gentlemen's-agreement y algunas semanas después sesenta mil voluntarios italianos han sido enviados a España... Grandi -ministro de Asuntos Exteriores italiano- replicó entonces a Eden que se había visto desgraciadamente sorprendido por sus palabras y se dedicó a refutar con gran entusiasmo las afirmaciones del ministro británico. El embajador fascista Grandi fundaba su razonamiento en el hecho de que a España habían acudido voluntarios de otros países para dar su apoyo al gobierno republicano de Madrid y que el mismo Eden había reconocido en la Cámara de los Comunes que los voluntarios de ambas partes eran en cuanto a número casi iguales: es más, añadía Grandi, los voluntarios fascistas acudieron a España después de que habían llegado para combatir a Franco los voluntarios franceses, ingleses, checoslovacos y de otras nacionalidades.

Pero aparte del hecho de que desde el primer momento de la insurrección franquista Hitler y Mussolini habían decidido enviar ayudas al fascismo español (lo declaró el mismo Hitler en su discurso de 6 de junio de 1939) y de que los voluntarios idos de Italia no eran propiamente tales, porque eran hombres encuadrados en formaciones regulares y, como tales, enviados a España por el gobierno fascista, el error del razonamiento de Grandi, es decir, del gobierno de Roma, había que buscarlo en el hecho mismo de la participación de Italia en la guerra española.

Porque la Italia oficial tenía mucho que ganar si se hubiera estado quieta y se hubiese asociado a Inglaterra y Francia para evitar el agravamiento de la crisis española y las complicaciones que fatalmente la siguieron. ¿Por qué Italia se había metido en aquella grave dificultad que hacía sospechar de sus intenciones pacíficas, que la ponía en contraste con los gobiernos con los que tenía interés en mantenerse unida, el francés y el inglés, poniéndola fatalmente en el surco de la política alemana?

Chamberlain -primer ministro inglés-, que evidentemente quería llegar enseguida y a toda costa a un acuerdo y que, por lo tanto, seguía una directriz bastante más elástica de la sugerida por Eden, intervino entonces en la discusión... Ciertamente, añadió, la cuestión española no podrá ser excluida a priori del examen de los problemas que interesan a las relaciones italo-británicas. El gobierno fascista no había (decía Chamberlain dirigiéndose a Eden) pensado jamás en excluir el examen de algún problema que afectase a los dos países, y por consiguiente no había excluido el examen del problema español...

Eden decía que no veía cómo se podían armonizar el desarrollo contemporáneo de conversaciones italo-británicas y los trabajos del Comité de No-Intervención en España. «Ante todo era necesario -según Eden- que los voluntarios extranjeros fueran efectivamente retirados de España...»⁽¹⁾.

II. ESPAÑA Y MUSSOLINI SEGÚN EL LIBRO DE ROBERTO CANTALUPO

En 1948 Roberto Cantalupo publicaba el libro titulado *Fue España*, que llevaba el subtítulo indicativo *Embajada cerca de Franco, febrero a abril de 1937*.

La obra estaba ilustrada con 24 fotografías relativas al tiempo de la guerra civil española, destacando las provenientes de archivos republicanos. A este respecto, conviene advertir que la Oficina de Prensa de la Embajada de España en Italia había puesto a disposición del dicho Cantalupo el copioso material fotográfico que sobre el Movimiento y la guerra figuraban en su archivo.

Roberto Cantalupo había nacido en Nápoles el 17 de enero de 1891 y debutado en el periodismo desde muy joven. Durante la Primera Guerra Mundial fue corresponsal de «Il Corriere d'Italia» (diario romano suprimido en 1924 por el fascismo) y más tarde, en París, de «L'Idea Nazionale» (diario nacionalista de Corradini).

Tras desempeñar diversos cargos diplomáticos fue enviado a España en febrero de 1937 como primer embajador italiano en Salamanca, misión que no habría de durar ni siquiera un par de meses y que fue ardua e ingrata para Cantalupo, en desacuerdo con las orientaciones políticas e ideológicas que desde Roma se iban imponiendo a la diplomacia fascista y especialmente con respecto a España y a la guerra civil y a las intervenciones extranjeras.

En virtud de la legislación antifascista, fue depurado en el año 1945 y eliminado de los acuerdos del Ministerio de Asuntos Exteriores -en el que había entrado proveniente del periodismo como tantos otros diplomáticos (hoy de carrera) entonces improvisados por el fascismo-.

Escribió numerosos libros y artículos en periódicos y revistas prestigiosas sobre política exterior. Yo me voy a referir aquí a su libro *Fue España*, donde el autor explica el error que cometió Italia al apoyar al régimen de Franco durante la guerra civil.

En la introducción de dicho libro destaca:

«...El error que cometimos en España es un episodio típico,

(1) Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (A.M.A.E.). Fondo Renovado, 5.162, expediente, n.º. 6: Despacho dirigido por el embajador de España en Italia al ministro de Asuntos Exteriores, Roma, 9 de junio de 1947.

fuertemente caracterizado, de nuestro temperamento nacional y no fue sólo error de Mussolini, como no fue creación exclusiva el fascismo, contrariamente a las historias que les hemos contado a los vencedores en estos últimos años y para justificarnos ante el tribunal de las democracias.

Y desde el momento en que participando en la guerra de España cometimos un error cuajado con todas nuestras cualidades buenas y malas, nuestros generosos impulsos colectivos, nuestras increíbles ingenuidades políticas, nuestro altruismo incluso sentimental, nuestra incapacidad y pereza para evadirnos de situaciones descabelladas y costosas en que a menudo nos metemos...»

El autor dice que es una verdad histórica la existencia constante entre las vicisitudes tan grandiosas de Italia y las vicisitudes tan pequeñas de los italianos que se equivocan en la actuación práctica de unas ideas generales felicísimas en su fuerza de intuición:

«...Una de estas fases ha sido nuestra política española de 1936 a 1939... Desenvuelta y generosa, impulsiva y altruista, ingenua y prepotente... bien intencionada y mal ejecutada: podía resultarle grata a todos y nos puso en contra de todos...»

Solamente cuando la guerra civil de España concluyó y nuestra participación en ella se ha resuelto en un déficit que a alguien le pareció ya entonces incolmable y ahora que la incidencia de aquel hecho sobre la política italiana hacia Alemania y hacia las democracias occidentales es perfectamente evaluable, es posible a todos ver la política española de Mussolini como un episodio extremadamente característico de una peligrosa y generosa aptitud de los italianos: la de identificar las propias actitudes espirituales y políticas con una idea universal, sin tener los medios, la fuerza, el prestigio y la capacidad de encarnarla, sostenerla, afirmarla y, en fin, imponerla...»

«Si de Madrid el comunismo hubiera inundado una parte de nuestro continente, ciertamente habrían quedado sumergidos no sólo los países totalitarios (como era entonces Italia) sino también los antitotalitarios como Francia. Mussolini se precipitó a tutelar el statu quo de Europa en la variedad y deformidad de su esencia católica, de su cultura liberal, de su organización social en continuo devenir... Pero una vez más... al fin no correspondieron los medios pues Italia no tenía poder suficiente para tal misión... No podíamos asumir el cometido que espontánea y desinteresadamente habíamos elegido sino a costa de echar en él los medios necesarios para la directa defensa nuestra que habríamos debido administrar con avaricia, pues nos habrían sido necesarios poco después en otros sitios y para fines más esenciales y así, los medios que derrochamos en Europa no volvimos a tenerlos cuando estalló la guerra europea».

Otro aspecto de la tesis condenatoria de la intervención italiana en España (que Cantalupo sostiene) es el de la ingratitud que el instintivo,

altruista y desinteresado gesto italiano encontró, cuando no ya desconocimiento y hasta hostilidad entre los grandes y pequeños países europeos que se beneficiaron para salvar a Europa del inminente peligro comunista.

La razón de semejante desagradecimiento la señala Cantalupo así:

«El mundo no permite que los pueblos menores sean ni siquiera idealistas, no les tolera tampoco que representen una idea universal y un interés general, pues esta es la ley de la parte de la humanidad que posee la riqueza, retiene el mando y se deja llamar democracia, y de todo esto saca esta moraleja: Quien aspira a representar una idea universal debe obtener en torno a ella el consentimiento de las mayorías, debe asemejarse a ellas, hacerse igual a ellas y arrancarles el mandato, como hacen los pueblos ricos...»

Sobre la intervención extranjera en la guerra española y sobre la neutralidad de España en la guerra mundial Cantalupo consulta el libro *Europa verso la catastrofe*, compilado con documentos provenientes del archivo del Conde Ciano. Cantalupo encuentra en él la tardía confirmación de su tesis sobre el incurable vicio de la política exterior italiana en aquel período y sobre lo funesto del hecho que Mussolini y Ciano, los dos protagonistas, no se detuvieran a tiempo en la arriesgada cuesta abajo de la guerra española, como el embajador en Salamanca, Roberto Cantalupo aconsejó:

«...Aconsejaba yo que, de acuerdo con Inglaterra, se buscaran los caminos para una solución anticomunista, sí, pero también europea, del planteamiento que Franco había dado a su iniciativa nacional, quizás por inevitable exigencia; o sea, que se buscaran los caminos que no nos comprometieran a fondo contra las principales democracias...»

Hubo momentos en que pareció como si Mussolini estuviera decidido a salirse de la guerra española, posiblemente poniendo la cuestión en el plano europeo, es decir, de acuerdo con las Cancillerías de las democracias -dice Cantalupo, aludiendo a una conversación de Mussolini con Von Neurath, entonces Ministro de Asuntos Exteriores del Reich (3-5-37)-, y ello ante la lentitud de la guerra que conducía Franco; pero el ministro alemán, celoso de la diplomacia italo-inglesa (Grandi en Londres trataba de salvar las relaciones con Roma, comprometidas por la aventura española y el Comité de No-Intervención) hacía como de cámara secreta y acolchonada donde las respectivas participaciones extranjeras en favor de uno u otro de los adversarios españoles se atenuaban. Evitando riesgos de «casus belli» impresionó fuertemente al Duce, convenciéndoles del supuesto designio inglés de atacar primero a Italia y luego a Alemania o quizás a ambos países a un tiempo.

De ahí la renovada decisión mussoliniana de abstenerse a los principios de la defensa activa, creyendo que la primera manera de parar de antemano el temido ataque inglés era no abandonar el terreno anticomunista de la guerra española. Así lo expresaba Cantalupo:

«...La sustancia ideológica de nuestra ayuda a Franco había entrado a formar parte irrevocable de nuestra política exterior con las democracias. La diplomacia italiana ya no podía desvincularse del planteamiento únicamente fascista que Mussolini y Ciano le daban. Todos los caminos para una salida honrosa y coherente se cerraron, se rompieron todos los puentes. En aquel mismo instante fui retirado definitivamente de mi misión española... y nosotros permanecemos en España hasta el verano de 1939, o sea, hasta cuando la guerra europea. Una vez empezada, continuó lógicamente la guerra ideológica entre dos mundos, emprendida en la península en 1937...»

Insistiendo sobre la tardía convicción mussoliniana de no haber sacado de la participación en la guerra civil española los frutos que esperaba, Cantalupo cita párrafos del libro *Mussolini si confessa*, del Dr. Zacarías⁽²⁾, quien los da como salidos de los labios del propio Mussolini:

«...Se me ha reprochado que ayudara a Franco en su guerra de liberación en España. Esta guerra le ha costado a Italia no sólo grandes sacrificios de sangre, sino también graves pasos económicos: le presté a España 12.000 millones de liras, la mitad de las cuales fueron donativo y cuya diferencia no me ha sido restituida. Juzgo que España ha sido muy ingrata, pues sin la ayuda italiana Franco no habría podido resistir ante los rojos de España y las legiones extranjeras, francesas, rusas y, en parte, también inglesas.

Su derrota habría sido inevitable desde las primeras batallas. Sólo Alemania tuvo comprensión de semejante situación y se unió a nosotros para ayudar a Franco. Que incluso Inglaterra ayudara a la España roja era incomprensible y absurdo: debía comprender la amenaza que un estado comunista en España y dependiente de Rusia habría constituido para las comunicaciones comerciales y estratégicas con el Imperio y con la India.

Cuando Franco salió victorioso de la guerra civil se olvidaron pronto los servicios que Italia y Alemania le habían prestado, y si bien en política jamás pueda contarse con el agradecimiento y el reconocimiento, no habría estado fuera de lugar el esperarse que Franco -nada olvidadizo para la enemistad que les mostraban abiertamente todos los países de Europa- se hubiera acercado algo más a las potencias del Eje.

Creo que esta guerra jamás habría estallado si desde el principio Inglaterra hubiera tenido que contar con una participación de España, pues ante una España beligerante bien pronto habría tenido que sacrificar la puerta del Mediterráneo: Gibraltar. Con ello, España perdió la ocasión de poder arrogarse un papel importante en la política internacional...»

Esta larga cita la comenta Cantalupo así:

«...Es posible que España perdiera semejante oportunidad, pero una cosa es cierta: que fue España quien privó en gran parte a Italia de la

(2) Doctor Zacarías, médico alemán que asistió al Duce en los últimos días de su vida.

libertad de acción internacional, es decir, que nos privó de la facultad de decidir con plena independencia si intervenir o no y en qué momento en la guerra mundial.

Fue España quien restringió en un círculo extremadamente reducido el campo de actuación de nuestra diplomacia, y al igual que ésta no había sido capaz de limitar o internacionalizar el alcance de nuestra intervención militar en España, entre 1936 y 1939, no pudo tener después capacidad para devolverle a Italia la libertad de movimientos que habíamos perdido en la península Ibérica...»⁽³⁾.

III. FRASES HISPANÓFOBAS ATRIBUIDAS A MUSSOLINI EN LAS MEMORIAS DE BOTTAI.

El 23 de enero de 1949, el diario romano independiente (centrista) «Il Tempo» iniciaba la publicación de una parte del Memorial «*Venti anni e un giorno*», escrito por Giuseppe Bottai⁽⁴⁾.

El copioso manuscrito, en vísperas de salir como libro, exponía en sus primeros once capítulos las experiencias políticas del autor a lo largo de veinte años de colaboración con Mussolini en puestos de alta responsabilidad; y en lo sucesivo narra, en forma de diario, los acontecimientos de que fue testigo de mayor excepción, con gran lujo de datos y detalles anecdóticos y con profusión de citas de frases mussolinianas.

Una de éstas, entre las varias alusivas a la guerra civil española y a la participación italiana en ella, registrada por Bottai con fecha del 19 de noviembre de 1936, figuraba en la primera entrega del Memorial aparecida en «Il Tempo» del 23-1-49 con la siguiente titulación a cuatro columnas en la primera página:

«Mussolini epigramático durante los años 1936 y 1937. -No es fácil formar una conciencia militar para una guerra de doctrina, dijo el Duce hablando de la guerra de España- Ensayo general del viejo escuadrismo».

Según el diplomático español, en castellano y literalmente traducida, esta frase querría decir lo siguiente:

«...Las Baleares están en poder nuestro. Los españoles son belicosos y crueles: insignificante el número de los caídos en las batallas, enorme en las matanzas. En las venas de los españoles hay noventa y nueve gotas de sangre. Cataluña no será dura de vencer: es una tierra de mercaderes y los mercaderes no se baten».

(3) A.M.A.E.: Fondo Renovado, 5.162, exp. n.º. 6: Despacho dirigido por el embajador de España en Roma al ministro de Asuntos Exteriores, Roma, 18 de octubre de 1948.

(4) Giuseppe Bottai fue ministro de Corporaciones primero y de Educación Nacional después bajo el Fascismo y uno de los jefes del Gran Consejo que junto con el Conde Ciano votaron contra el Duce, provocando su caída.

El embajador de España en Roma decía que, al parecer, había causado una enorme y penosa impresión entre los italianos y especialmente entre los ex-combatientes de España del 1936 al 1939 al leer en el Memorial de Bottai semejantes palabras, y recordaba las numerosas declaraciones hechas por Mussolini sobre las legendarias cualidades guerreras y sobre el valor de la infantería española, sobre la función cultural, científica, militar y religiosa de España que conservaba todos los signos de la romanidad, en la arquitectura, en la lengua y en la sangre y que tantos emperadores, filósofos y santos había dado al Imperio⁽⁵⁾.

Es decir, que no estaban de acuerdo con las palabras atribuidas a Mussolini; es más, el embajador decía que Mussolini seguía siendo considerado de una manera semejante con la cual se le juzgaba y consideraba en Italia o en otros puntos de las abigarradas democracias imperantes. No en vano, dicho embajador era el representante del gobierno de Franco en Roma.

IV. CORRESPONDENCIA DIRIGIDA POR HITLER A MUSSOLINI, NOVIEMBRE, 1940.

Aquí recogemos los párrafos relativos a España, publicados en el periódico conservador de Estocolmo «Stockholms Tidningen» el 21 de octubre de 1945, de la carta dirigida por Hitler a Mussolini el 20 de noviembre de 1940 desde Viena⁽⁶⁾:

«Como un remedio (se refiere a la ocupación de Grecia por los ingleses) propongo las siguientes medidas:

Medidas de índole política:

España debe inmediatamente ser inducida a entrar en el conflicto AHORA. Podemos basarnos en que la fecha de intervención de España debe ser, lo más pronto, dentro de seis semanas. La intervención de España debe utilizarse para eliminar Grecia, bloquear el Estrecho y trasladar por lo menos una o dos divisiones alemanas al Marruecos español y al norte de África.

La caída de Gibraltar sería lo mismo que colgar un candado en la entrada occidental del Mediterráneo. Inglaterra se vería entonces obligada a dirigir sus transportes alrededor de El Cabo y esto llevaría consigo, en primer lugar, una disminución de la presión y, finalmente, la eliminación del Mediterráneo oriental como sector de operaciones y la conservación del África del Norte por el gobierno Petain.

(5) A.M.A.E.: Fondo Renovado, 5.162, exp. n.º 6: Despacho dirigido por el embajador de España en Roma al ministro de Asuntos Exteriores, Roma, 3 de marzo de 1949.

(6) A.M.A.E.: Fondo Renovado, 5.162, exp. n.º 4: Anejo n.º 1 al Despacho dirigido por el ministro de Estado al ministro de Asuntos Exteriores, Estocolmo, 31 de octubre de 1945.

Medidas de índole militar:

Me parece lo más importante cerrar el Mediterráneo. Con este fin, quiero intentar inducir a España, como ya dije anteriormente, a intervenir inmediatamente en el conflicto para comenzar por cerrar la entrada occidental».

No menos importante es el siguiente párrafo correspondiente a otra carta de Hitler dirigida a Mussolini el 22 de noviembre de 1940 y publicada también en el ya citado periódico sueco el 27 de octubre de 1945:

«España: Por causa de las circunstancias, considero ser una necesidad urgente que el gobierno español y el Caudillo, como jefe, tomen la determinada decisión de la entrada de España en la guerra..

Pero en estas circunstancias es de máxima importancia que nos apoderemos del Estrecho de Gibraltar. Solamente con el Estrecho en nuestras manos puede considerarse que la situación norteafricana ha tomado un giro definitivo en nuestro favor. Por esto, enviaré hoy otra petición urgente a Franco para que definitivamente decida una fecha para su entrada en la guerra, para que podamos comenzar nuestros preparativos militares cuanto antes...»

Dos días después, el 29 de octubre de 1945, se publicaba en el mismo periódico «Stockholms Tidningen» el texto de otra carta de Hitler dirigida a Mussolini el 31 de diciembre de 1940, en estos términos:

«España está muy inquieta por la situación -que para Franco ha cambiado- y rechaza la colaboración con las potencias del Eje. Me temo que Franco ha cometido la mayor equivocación de su vida. Considero una locura su idea de recibir materias primas de las democracias como una especie de recompensa para tenerlo fuera del conflicto. Lo asediarán hasta que haya consumido el último grano de trigo y después comenzarán a atacarle.

Lamento lo que ha sucedido puesto que nosotros, por nuestra parte, habíamos tomado todas las disposiciones para pasar la frontera española el 10 de enero y atacar Gibraltar en los comienzos de febrero. Soy de opinión que hubiéramos conseguido un éxito rápido, puesto que las tropas escogidas para esta ocasión fueron especialmente escogidas y preparadas. En el mismo momento que Gibraltar hubiese caído en nuestras manos, habría desaparecido para siempre el peligro de un cambio en el Norte y Oeste de África.

Lamento mucho esta decisión de Franco puesto que no corresponde a la ayuda que nosotros, Vd., Duce, y yo, le prestamos cuando se encontraba en situación difícil. Todavía tengo una vaga esperanza de que en el último momento se dé cuenta de la catástrofe que puede seguir a su actitud y de que al final, aunque sea tarde, se decida a adherirse al frente cuya victoria determinará su propia suerte».

V. TRATO FAVORABLE DADO A LOS SUBMARINOS Y BUQUES, AVIONES Y TRIPULACIONES EN ATERRIZAJE FORZOSO DE LAS POTENCIAS DEL EJE EN TERRITORIO ESPAÑOL.

1. Submarinos y buques de suministro del Eje.

La Embajada de Inglaterra en España manifestaba al ministro de Asuntos Exteriores español su queja referente a las facilidades, contrarias a la neutralidad, dadas a submarinos y buques de abastecimiento del Eje en puertos españoles.

Poco tiempo después, y ante la sorpresa de la propia Embajada británica, el gobierno español comunicaba que el asunto de los siete casos referentes a submarinos y buques de abastecimiento de submarinos ya había sido resuelto debidamente. Sin embargo, la Embajada respondía que no podía aceptar la respuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores español que contestaba en estos términos:

«Han sido debidamente atendidos los deseos formulados por la misma». Eso sólo hubiera sido así, decía la Embajada inglesa, si todos los submarinos y buques de abastecimiento con referencia, hubieran sido internados con sus tripulaciones hace mucho tiempo en vez de haber permitido que se marcharan cuando se llamó la atención sobre ellos por primera vez, en lugar de dejarlos disponibles para los submarinos durante dos o tres años en los puertos claves españoles de Vigo, Cádiz y Las Palmas.

Es decir, que el gobierno británico no estaba conforme con la respuesta y advertía muy seriamente al ejecutivo español de las consecuencias que podría tener para España el comprometer su neutralidad en el conflicto por incidentes con submarinos. Veamos algunos ejemplos de ellos (7):

En 1941 tres submarinos italianos se refugiaron en la bahía de Tánger y fueron declarados como internados bajo la ley internacional; sin embargo, pudieron escaparse pasando por aguas territoriales españolas.

En 1942 se encontraban en Santander dos submarinos italianos averiados y uno grande alemán en Cartagena. A aquéllos les fue concedido un plazo exageradamente largo para repararse; uno de los italianos, que previamente había recibido ayuda de las autoridades navales en Camariños, debía haber sido automáticamente internado, pero no sólo le fue permitido irse a Santander, sino también escaparse de allí al momento de estar en remolque para ser internado.

(7) A.M.A.E.: Fondo Renovado, 5.162, exp. n.º 7: Despacho dirigido por el embajador de Inglaterra en Madrid al ministro de Asuntos Exteriores español, Madrid, 12 de noviembre de 1943.

Al otro le fue permitido salir sin completar su reparación, en contra de las leyes internacionales y de las más solemnes promesas dadas a la Embajada británica. El submarino alemán en Cartagena no podía ser reparado y para evitar el tener que internarlo, el Sr. Serrano Suñer autorizó un trato a última hora por el cual el gobierno español lo compró. Rompiendo una vez más con las leyes internacionales, la tripulación alemana de 42 tripulantes fue puesta en libertad.

El barco alemán de suministro «Bessel» y dos buques tanques en Vigo, que fácilmente hubieron podido salir por aguas territoriales a Francia, habían permanecido en Vigo a instancia de los alemanes, evidentemente con fines beligerantes. Se sospechaba que aquellos buques suministraban carburantes a submarinos, pero las representaciones hechas por la Embajada británica no provocaron contestación alguna hasta que los tripulantes de un submarino capturado confesaron que tres días antes de su captura habían tomado carburantes y víveres en Vigo. Aún entonces, aunque guardias españoles fueron colocados en los buques tanques y éstos se apartaron, el buque «Bessel» permaneció casi un año más en un sitio muy conveniente para sus fines, y sin guardias.

Desconocemos cuántos fueron los submarinos del Eje que aprovecharon aquellas facilidades, pero es evidente que debido a que las autoridades españolas no tomaron precauciones adecuadas, estas facilidades quedaron a disposición de los submarinos del Eje durante más de tres años y medio. Tripulaciones de relevo para submarinos pasaron también libremente a través del territorio español.

En Las Palmas, los buques alemanes «Corrientes» y «Charlotta Schliemann» estaban anclados en un sitio desde el cual podían abastecer a los submarinos sin ser observados. Después de muchos meses de representaciones ambos buques fueron llevados al puerto interior, pero al poco tiempo el «Corrientes» fue movido otra vez afuera, sin motivo legítimo alguno.

Durante dos años la Embajada se quejó del abastecimiento de submarinos del Eje en Cádiz por el buque italiano «Fulgor». Luego, documentos capturados en un submarino italiano demostraron que el «Fulgor» fue equipado especialmente como buque nodriza para submarinos, para suministrar comestibles y toda clase de equipo incluso torpedos, y fue estacionado en Cádiz con ese fin específico. A los comandantes de los submarinos italianos se les facilitó además instrucciones detalladas para poder colocarse al lado del buque abastecedor en diferentes estados de marea y viento.

2. Aviones y tripulaciones en aterrizaje forzoso.

Durante más de dos meses y medio fueron repatriadas inmediatamente las tripulaciones de aviones del Eje en aterrizaje forzoso,

mientras que los tripulantes de aviones británicos fueron internados. Un hidroavión alemán y un aeroplano que tuvieron que aterrizar en Galicia en el verano de 1942 pudieron, en contra de la ley internacional, reponer su combustible y marcharse. No se impidió que los aviones italianos atacaran repetidamente a Gibraltar pasando sobre territorio español; sus tripulaciones en aterrizaje forzoso fueron repatriadas, y hubo tres casos conocidos de aviones italianos que habían atacado a Gibraltar y que se les permitió aterrizar y reponer combustible en las islas Baleares.

El buque británico «Sarastone» fue hundido en Huelva por un avión alemán que voló sobre el territorio español y fue guiado por señales desde el buque italiano «Gaeta» en el puerto de Huelva. No se dio satisfacción al gobierno británico en este caso del «Gaeta» que siguió en Huelva como depósito de sabotaje trabajando contra la navegación británica.